

www.elboomeran.com

TOMMASO DI CARPEGNA FALCONIERI

EL PRESENTE MEDIEVAL

BÁRBAROS Y CRUZADOS
EN LA POLÍTICA ACTUAL

Traducción del italiano de Sara Alcina Zayas

Icaria ✠ Antrazyt
HISTORIA

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Nota a la presente edición	9
Prólogo	11
Introducción	13
I. El Occidente neomedieval	29
II. Nuevos bárbaros y los habituales cruzados	47
III. Érase una vez la Edad Media	77
IV. La Edad Media identitaria	97
V. Mercaderes y ballesteros: una Edad Media de las ciudades	111
VI. Pueblo y juglares: una Edad Media anarquista y de izquierdas	127
VII. Templarios y Santo Grial: una Edad Media de la Tradición	149
VIII. Los guerreros de Valhalla: una Edad Media del Gran Norte	183
IX. Druidas y bardos: una Edad Media céltica	195
X. Pontífices y santos: una Edad Media católica	211
XI. Pueblos y soberanos: una Edad Media de las naciones	237
XII. Emperadores y viandantes: una Edad Media de la Europa unida	263
Epílogo	291
Referencias y fuentes	299
Índice de nombres	341

AGRADECIMIENTOS

He reflexionado sobre muchos de los modos contemporáneos de imaginar la Edad Media junto a amigos, alumnos y colegas, a través de la participación en encuentros que me han ido señalando interesantes caminos por recorrer. Las deudas de reconocimiento para con quienes estudian este mismo tema son grandes: el enano se yergue, como siempre, sobre los hombros de los gigantes, aunque los gigantes se hallen incluidos en las notas bibliográficas, reducidos a caracteres en cuerpo menor. Deseo darles las gracias a Patrick Geary y a Gábor Klaniczay, que han dirigido el programa internacional *Medievalism, Archaic Origins and Regimes of Historicity* del Collegium Budapest. Al participar en este grupo de trabajo, del que han formado parte estudiosos de más de veinte nacionalidades distintas, he podido advertir la importancia del medievalismo y de sus recaídas políticas: el uso, en diversas partes del mundo, de mitos referidos a la Edad Media contribuye a construir legítimos sentimientos de pertenencia, pero también justifica limpiezas étnicas, guerras santas y muertes.

Expreso mi reconocimiento a Amedeo De Vincentiis, que ha creído en mi proyecto y lo ha presentado al editor Einaudi, y a M^a Elisa Varela Rodríguez, que ha intercedido para que esta nueva edición en lengua española llegara a buen puerto. Estoy también agradecido a Anna Monjo Omedes, directora de Icaria Editorial, y a Sara Alcina Zayas, traductora de este libro. Por las preciosas sugerencias surgidas en el transcurso de seminarios, encuentros de estudio e intensas

conversaciones, siento una especial gratitud hacia Alessandro Afriat, Lorenzo Ascani, Giuseppe Bianchi, Benedetta Borello, Marco Brando, Elisabetta Caldelli, Francesca Declich, Marco Dorati, Valentina Ivancich, Samantha Kelly, Margareth Lanzinger, Umberto Longo, Raimondo Michetti, M. Giuseppina Muzzarelli, Salvatore Ritrovato, Francesca Roversi Monaco, Ana Maria S.A. Rodrigues, Matteo Sanfilippo, Raffaella Sarti, Felicitas Schmieder, Piotr Toczyski, Richard Utz, Manuel Vaquero Piñeiro, Stefano Visentin, Lila Yawn, Marino Zabbia y Nada Zečević. Medirme con tantas personas me ha permitido captar la profundidad del problema y sus importantes variantes, contenidas, aun así, en una unidad de fondo.

Les agradezco con afecto a mi mujer y a mis hijas la paciencia con la que han soportado el hurto de tiempo que han sufrido mientras escribía. Un tiempo que, de no ser así, habría empleado de otra manera, viviendo y sonriendo junto a ellas, y que sin embargo deseo pensar que no se ha perdido. Los libros tienen, de hecho, la virtud de custodiar las ideas, de transmitir las y de permitir que quien las lea se forme otras nuevas; por dicho motivo, este libro y el tiempo que he empleado en escribirlo van dedicados a mi mujer Anna y a mis hijas. Así, cuando sean un poco más mayores, Livia, Sofía y Victoria se explicarán de una vez por todas por qué me encerraba en el despacho o huía a la biblioteca en vez de jugar a *Un, dos, tres, al escondite inglés*.

Nota a la presente edición

Esta edición en lengua española ha sido revisada y ampliada respecto a la original en lengua italiana (2011). Se han corregido algunas imprecisiones, se ha ampliado la bibliografía con las publicaciones más significativas que entre tanto han ido saliendo, y se ha actualizado el epílogo, introduciendo algunos ejemplos del uso político de la Edad Media hasta el mes de enero de 2015.

PRÓLOGO

Es una gloriosa jornada de mayo, el sol brilla y las campanas de la catedral tocan sin cesar. Se han construido las empalizadas para los torneos y las tabernas han abierto sus batientes. Por todas partes hay un ir y venir de gente que se pasea entre las tiendas de los mercaderes, los vendedores de dulces, los malabaristas y los saltimbanquis. El alcalde, pequeño pero solemne, se está vistiendo para la ceremonia. Sus ropas son tan anchas que casi lo hacen desaparecer. Se pone una capa magna de un rojo encendido y un gran collar, lleva el bastón de mando y busca su hermoso sombrero plumado. Cuando finalmente lo encuentra, desciende por la calle acompañado de tocadores de trompa, soldados y ballesteros.

A unas cien millas de allí, un hombre de larga barba acaba de terminar de dibujar un caballero con su cota de malla, con una cruz roja en la sobreveste. Observa el resultado y le complace. Más allá de las montañas, un joven con el pelo cortado al cero (aunque se ve que es rubio) se ha puesto una cota justamente igual a la que dibujó el hombre barbudo y se ha escondido, al acecho, en la maraña de matas del sotobosque. Más allá aún, hacia oriente, un niño de ojos verdes compra el pan. Cuenta el dinero y se lo entrega al panadero, que lo observa distraído antes de ponerlo a buen recaudo. En las monedas aparece representada la cabeza de un soberano que lleva una corona de flores de lis doradas. En otra parte, en otra feliz región del mundo, una chica de cabellos rubios y de vestido blanco canta una balada acompañándose

con el arpa; narra una historia de amor, de muerte y de pasión. Aún más lejos, en una tierra casi cercana al Polo, un grupo de hombres bebe cerveza mientras se ríen. Los guerreros llevan escudos pintados y cascos con cuernos; las tiendas de su campamento tienen figuras de dragones esculpidas en los postes. En otro lugar, más allá del mar, un orador enfervorecido le habla a una atenta plaza: «¡Dios así lo quiere —grita a los presentes— es hora de proclamar la cruzada para salvar nuestra civilización y para difundirla por el mundo!». Y después hay un hombre que está vagando por las aulas de una universidad. Atrapa destellos de clases y de conversaciones y finalmente se sienta, exhausto, con la cabeza entre las manos, como una gárgola de Notre-Dame.

Es una gloriosa mañana de mayo ¿pero qué año es? El alcalde desciende por la calle rodeado de una multitud de soldados, pero después se sube a un coche para alcanzar el cortejo que está a punto de partir del «centro histórico». El hombre de barba larga pone su dibujo en un escáner y contempla cómo reaparece en el ordenador; le servirá para confeccionar manifiestos. El chico escondido está jugando a la guerra, junto a otros alegres compañeros del bosque. Cuando termine de jugar, narrará su propia y emocionante aventura en su blog. El niño que compra el pan pagándolo con testas coronadas está empleando billetes de doscientos florines de la República de Hungría. La chica que canta la balada irlandesa es interrumpida por el inoportuno timbrado de un móvil. Los vikingos de los cascos con cuernos están acampados en Australia y su cerveza va en lata; mientras que el orador grita en la plaza está conectado con medio mundo a través de la televisión y anuncia el nacimiento de una red social para reunir a los nuevos cruzados. El último personaje ha atravesado distintos peajes de autopista y ha cogido varios aviones hasta llegar finalmente al campus de una universidad de Michigan, donde escucha aleteos de palabras con la cabeza entre las manos como una gárgola. A través de no-lugares anónimos y completamente iguales entre sí, ha llegado a un lugar en el que se está hablando de una gran utopía. Esa utopía es la Edad Media.

INTRODUCCIÓN

El concepto de «Edad Media» significa cosas muy distintas según dónde lo encontremos. De hecho, entre la Edad Media sobre la que se indaga en los centros de investigación y la que encontramos en los periódicos, en las novelas, en las películas y en otros medios de comunicación de nuestra sociedad contemporánea media una gran distancia. Habrá alguno a quien todavía le puede parecer un absurdo, pero también la Edad Media mediática e inventada en mayor o menor grado es susceptible de ser objeto de estudio y de interpretación, exactamente como la Edad Media que se investiga y se enseña en las universidades. Este estudio se ha hecho, no para restituir una ilusoria «verdad efectiva de la cosa» que pretenda explicar lo que fue la Edad Media, sino más bien porque la concepción generalizada —también denominada neomedioevo y sobre todo medievalismo— es un receptáculo de dimensiones tan amplias que todos nos topamos con él cada día. Quizás no haya ninguna otra época histórica que brinde al mundo contemporáneo tanto material para nutrir su propio imaginario.¹

La Edad Media no solo está presente como una huella del pasado, sino que se trata también de una idea de la que la época actual se sirve continuamente. Y se sirve de ella también en clave política. Especialmente en las últimas décadas han estado en el candelero temas y argumentos que son en cierto modo medievales. El medievalismo no es meramente un inocuo *divertissement*, una moda más o menos pasajera —por ejemplo, en tanto que síntoma epidérmico de un deseo

de evasión, de magia o de fantasía—, sino que, lejos de ello, establece unos sólidos vínculos con la actuación en la esfera de lo público.

La política contemporánea halla en la Edad Media —tiempo histórico o bien una suerte de espacio simbólico alternativo— un lugar predilecto del que extraer alegorías aclaratorias, ejemplos actualizadores y modelos. La Edad Media es un tiempo tenebroso al que se asemejaría nuestra época actual; ¿cuántos lo dicen y lo piensan? Ha habido, sobre todo en los años setenta del siglo pasado, un uso de la idea de Edad Media en clave de lucha de clases y de choque con el poder constituido, tanto a derecha como a izquierda. Y salta en seguida a la vista (aunque haya que entender sus razones) el hecho de que sean muchas las comunidades occidentales que hoy en día utilizan —es decir, sobre todo desde fines de los ochenta del pasado siglo XX— el receptáculo de la «Edad Media» para atestiguar su propia identidad peculiar, sea en clave de reivindicación de unos orígenes propios o bien sea en clave de autorrepresentación. Esto sucede a distintos niveles y en una especie de escala ascendente en las comunidades/identidades ciudadanas, en las comunidades/identidades regionales en busca de su propia afirmación como autonomías, en las comunidades/identidades nacionales que se volvieron a fraguar en la Europa del Este tras la caída del Muro de Berlín, en la comunidad/identidad europea y, en fin: en toda la comunidad/identidad occidental, cuando se contempla en contraposición, sobre todo, a la islámica, y viceversa. En Estados Unidos el fenómeno también está en pleno apogeo y el *New Medievalism* es una verdadera categoría interpretativa de los estudios de las relaciones internacionales. Por tanto, para representar y expresar la propia pertenencia a un grupo, el código de comunicación escogido es, a menudo, de tono medieval. Cosa que no es en absoluto obvia, algo que se dé por descontado o sea ineludible, sino que puede explicarse a partir de sus motivaciones y razones. En este libro se quiere ofrecer una panorámica de cómo se percibe la Edad Media en clave política en las últimas décadas y en Occidente. El concepto de Edad Media se convierte en una posible clave de lectura de la sociedad contemporánea y de los caminos que está recorriendo.

A menudo se ha dicho —y, sin duda, no sin acierto— que la Edad Media en realidad no existe. En efecto, dicho concepto no representa

más que una idea cuyo uso puede complicar, más que simplificar, las cosas.² La Edad Media no empezó a tomar forma hasta el día en que se decidió que había terminado; desde que algunos hombres, enamorados del mundo clásico, tuvieron conciencia de la pausa milenaria que les separaba del sueño que anhelaban. Entonces se pensó por primera vez la *media tempestas*, la era intermedia que se sitúa entre la época clásica y su renacimiento y entre la edad antigua y la moderna. Una era, ella medieval, totalmente desconocida para quienes se hallaron dentro de la misma y que —una banalidad que siempre es útil repetir— no tenían en absoluto la conciencia de ser hombres medievales, considerándose, por el contrario, a sí mismos como «modernos» y epígonos, testigos de un mundo que envejece, en espera de la redención final. Fueron pocos los hombres medievales conscientes de vivir en la Edad Media; entre ellos, el Duque d’Auge. Pero él era capaz de viajar en el tiempo, y su creador, Raymond Queneau, adoraba jugar con las palabras y con los sueños.³

«Un vacío entre dos llenos»;⁴ desde el siglo XV en adelante la Edad Media ha ido cambiando de forma y de significado como ninguna otra época. Mientras la época clásica ha representado —aunque pasando por miles de regeneraciones— un ideal de universalidad, pureza, equilibrio y perfección, la Edad Media, precisamente en relación dialéctica con la época clásica, ha significado, para quienes se la han imaginado, un universo de alternativas posibles, cargado de valores ambiguos.⁵ Este contraste entre Edad Media y mundo clásico representa la primera pareja de oposiciones que hay que tener en cuenta. De hecho, toda época histórica se describe a sí misma a partir del juicio que emite sobre el pasado y por el modo en el que se lo representa. En este sentido se ha escrito que el renacimiento de lo clásico representa «la forma rítmica» de la historia cultural europea.⁶ El mundo clásico nace, muere y renace bajo formas nuevas; como sucede —por citar tan solo los ejemplos más conocidos—, en el Renacimiento y en el Neoclasicismo. Para captar el sentido global de esta interpretación es necesario poner en medio de la mesa —hay que decirlo— también a la Edad Media. En la fase transitoria entre dos renacimientos de lo clásico se coloca una tercera época que es justa-

mente el medio-evo. El juego de palabras ayuda a comprender mejor el razonamiento: la «Edad Media» (o bien la idea que nos hemos formado de ella) se opone a la época «clásica» bajo muchos aspectos; en cierto modo, es una reacción ante esta. Quien se enamora de la época clásica rehuye y condena la Edad Media; quien, viceversa, hasta hace poco tiempo estaba fascinado por las formas e ideales clásicos, se lanza de cabeza en el sueño de la Edad Media, dando con aquellos valores que, por juzgarlos como opuestos, le atraen más si cabe. Así, mientras la época clásica es la cuna de la racionalidad, germen de la filosofía y de la ley, la Edad Media puede ser el símbolo de una irracionalidad positiva, que genera poesía y sentimiento. Mientras la época clásica es el fundamento de la idea de universalidad, la Edad Media se verá como la raíz de la identidad nacional, como el punto de partida de la diferenciación entre las *gentes*, como la forja del mito entendido como la expresión auténtica de todo un pueblo. Mientras la época clásica es el tiempo y el lugar de las luminosas civilizaciones del Mediterráneo, la Edad Media deviene, por contraposición, el tiempo y el lugar de las civilizaciones septentrionales, de la noche y de la luna. En definitiva, mientras la época clásica es el tiempo de la esclavitud, la Edad Media será el tiempo de la libertad individual, de la vitalidad bárbara. Así, la Edad Media anticlásica se convierte, en sí misma, en un canon clásico, y el *Nibelungenlied*, el canto medieval que se considera que se halla en el origen de la nación, se transmuta en la «Ilíada germana» de la Alemania romántica.⁷

En resumen, así como el sentido de identidad de una comunidad muy a menudo se forma inventándose un enemigo, así la idea misma de Edad Media ha adquirido un significado en oposición a otra idea. Una y otra época pueden existir tan solo contraponiéndose entre sí: no hay Edad Media sin Renacimiento, pero lo contrario es también válido. Este razonamiento es central porque muestra que la Edad Media como concepto (y como concepto político, sobre todo) nace bajo el signo de una oposición. Nuestra idea de Edad Media adquiere, sin embargo, una connotación ulterior, la de contraposición no solo respecto a la «Antigüedad», sino también a la «Modernidad». Esta, por su equivalencia con el concepto de «mutación», se considera

en general de un modo positivo desde una vertiente progresista y en general de forma negativa desde una vertiente reaccionaria. La oposición, bajo el signo del medievalismo, puede de hecho asumir un carácter reaccionario cuando se quiere volver a la Edad Media, recuperando o creando una tradición; o bien puede tener un carácter revolucionario, en el momento en que se inserta en un movimiento contestatario que se sirve de algunos símbolos medievales, reencontrando en estos símbolos un ejemplo de solidaridad social y de rebelión contra el orden constituido. Si situamos la reflexión dentro de un contexto histórico, la Edad Media como metáfora y espejo de la reacción o de la revolución constituye la clave de una maquinaria interpretativa que llega hasta nuestros días.⁸

Los usos de la idea de Edad Media como edad de oro en la que soñar y posiblemente reproducir en la actualidad son múltiples, a veces radicalmente distintos entre sí o bien de límites difusos, y pueden conjugarse en términos anarquistas, progresistas, reaccionarios, conservadores, nacionalistas, secesionistas, europeístas, racistas, ecologistas, existencialistas, religiosos... El receptáculo es tan vasto que uno puede llegar a preguntarse si tiene sentido tratar de identificar una lógica interna, o si en cambio este esfuerzo de reordenación conceptual pertenece solamente a la específica *forma mentis* de aquellos hombres que se dedican de forma cotidiana a repensar la Edad Media y que tratan de hacerla comprensible. El objeto que nos esforzamos en fijar con una mirada más bien desenfocada podría asemejarse a una constelación. Una serie de estrellas distantes entre sí e insondables espacios siderales que adoptan el sentido de un diseño solo a través del punto de vista del observador. Las estrellas no se conocen entre sí, no tienen conciencia de una lógica que las mantenga unidas. El navegante nocturno busca una ruta por mar a través del cielo y de allí parte para narrar historias de divinidades. Así sucede ahora: fuera de la metáfora, el argumento que nos disponemos a presentar se halla, en apariencia, carente de conexiones. Pero el punto de vista es el de un medievalista curioso, que trata de darle sentido a estas palabras: *Edad Media*. Y son precisamente estas dos palabras, término fijo de referencia, las que permiten proponer una clave de lectura unitaria. De hecho la Edad Media representa

verdaderamente un término de comparación muy difundido, en tanto que se advierte como un lugar que se contrapone a la modernidad y la supera a través del *nostos*, el viaje de retorno que, desde hace tres mil años, acompaña nuestra existencia como hombres de Occidente, para devolvernos a casa. Por tanto la idea de Edad Media es parte esencial e imprescindible de la crítica a la idea de moderno.⁹ Cosa que, si lo pensamos detenidamente, resulta obvia, en tanto que el concepto de Edad Media se forjó precisamente para asumir esa función dialéctica: primero, durante el Renacimiento, para señalarlo como culpable, y después, durante el Romanticismo, para invocarlo como compañero de armas y así representar la renovación del espíritu.

De la oposición ternaria entre Época Clásica/Edad Media/Modernidad han surgido dos interpretaciones generales, que son aquellas de las que aún disponemos en el mundo contemporáneo cuando le asignamos a la Edad Media un juicio de valor. La herencia del Renacimiento, sobre la que se insertó la cultura de la reforma protestante, después la ilustrada y finalmente la marxista, ha forjado un concepto negativo de la Edad Media: como una época de barbarie que destruyó la civilización más grande de todos los tiempos. En tanto tal, esta Edad Media negativa es un lugar opaco, irracional y maligno, decadente en grado sumo en su incapacidad de permitir el desarrollo, carente de la posibilidad de generar verdadero arte, profundamente injusto en sus sistemas sociales basados en vejaciones y abusos, carente también de entidades estatutarias dignas de tal nombre, brutal y violento, golpeado por la rabia de las facciones enfrentadas, bloqueado por una religiosidad supersticiosa que mandó a la hoguera a un montón de gente inocente. Es, en resumen, la Edad Media del *ius primae noctis*, de los siervos de la gleba, de los papas corruptos, de las brujas, de las masacres, del hambre y de la peste.

Y viceversa, la herencia cultural que tiene origen, en la mayor parte de casos, en la reforma católica, que prosigue con la erudición francesa e italiana de época moderna y en la literatura inglesa y que culmina, al final, en el movimiento romántico, ha forjado una idea positiva de la Edad Media. Esta es un universo de símbolos: es el tiempo de los castillos y de los cuentos de hadas, de la magia y de los caballeros, de

las damas de sombrero de punta, de los trovadores, bardos y juglares, de los laboriosos mercaderes, de la regeneración de una civilización basada en los «valores eternos» de la patria, de la fe y del héroe.¹⁰

Del mismo modo, y por razones que en parte se solapan, la subdivisión entre Edad Media negativa y positiva se puede asociar, en cierta medida, a posiciones políticas e historiográficas distintas, que se pueden definir, respectivamente, como progresistas y conservadoras, o bien «de izquierdas» o «de derechas». Desde el punto de vista de la izquierda, la Edad Media es un periodo sustancialmente negativo; desde la derecha, es un periodo sustancialmente positivo.¹¹ Esta neta distribución es cruda e imprecisa, ya que los puntos de contacto, las contaminaciones y las inversiones son frecuentes y considerables. Existen, sin sombra de duda, *Medievos* que se consideran de forma positiva por parte de movimientos progresistas y, viceversa, otros que se consideran de forma negativa por parte de movimientos conservadores. El juicio de valor a menudo da un vuelco, enfrentando la cultura anglosajona a las culturas continentales; sobre todo ello tendremos ocasión de reflexionar. Aun así, a pesar de los numerosos y necesarios *distinguo*, la subdivisión teórica resulta útil para asentar el análisis en términos generales y para comprender la recepción de la Edad Media en la política contemporánea, ya a partir de finales del siglo XVIII.

Los senderos que, a través de la Edad Media, conducen al día o a la noche no discurren paralelos, sino que se entrelazan una y otra vez, y es que el concepto mismo resulta huidizo y si funciona bien es precisamente por su ambigüedad. De modo que es fácil toparse con símbolos o tropos considerados como medievales, que sirven para decir y pensar cosas diametralmente opuestas. Los caballeros, por ejemplo, o son puros y sin mancha o bien son unos sanguinarios saqueadores; son cruzados imbuidos de una firme fe cristiana o bien colonizadores sin escrúpulos y también, junto a los bardos y los druidas, son los últimos testimonios de un saber antiguo, precristiano y pagano. Los senderos se cruzan también en la conciencia de las personas, y es que quien hoy en día se acerca al medievalismo no necesariamente lo hace con una intención política. Quienes leen novelas fantásticas, escuchan música

gothic, entran en el castillo de Merlín de un parque de atracciones con la misma alegría y curiosidad con la que visitan Pierrefonds, Neuschwanstein y Gradara, quienes interpretan juegos de rol ambientados en escenarios medievales, están fascinados por los misteriosos templarios, sus secretos y sus tesoros, quienes además viven una *second life* virtual junto a otros pseudo-amigos conectados en red, que adoptan nombres de damas, dragones y caballeros y que construyen castillos, comercios de artesanos o naves que zarpan hacia lo ignoto... Todos ellos suelen ser, simplemente, unos apasionados del tiempo pasado, que recrean en sus mentes con la ayuda de descripciones estereotipadas. En ellos prima un sentimiento —totalmente prepolítico—, que es el de la nostalgia: nostalgia por las tierras verdes, por las pasiones auténticas y, en la virtualidad absoluta de su vivir, por una vida verdadera, por un Santo Grial perdido.

La Edad Media, desde el Romanticismo, ha sido ciertamente un receptáculo para la nostalgia, sin que sea necesaria ninguna connotación política. Y, viceversa, la nostalgia se vuelve política cuando se conjuga con un diseño de retorno al pasado: cuando la *laudatio temporis acti*, que los hombres sienten en seguida tras haber abandonado su juventud, se traduce en una voluntad reaccionaria. En resumen, las mismas figuras que connotan nuestra idea de Edad Media —por ejemplo, las brujas y los caballeros— pueden tener un significado político o bien no tenerlo; por sí mismas restan inertes.

Las vías que nos llevan a la idea de Edad Media no son solo estas; hay otros caminos interpretativos que se entrecruzan con los precedentes, conformando un sentido todavía más complejo. De hecho, también es posible pensar en la Edad Media a través de una ulterior pareja de opuestos: en tanto que «antes» y en tanto que «otro lugar». La Edad Media a menudo se interpreta como la época que se sitúa en el origen de la modernidad. Inscrita en un preciso segmento de la historia occidental y en un tiempo que nos precede, contiene en su seno, de forma potencial, los elementos que después hallarán su expresión propia y madura en las instituciones y en las sociedades de las épocas sucesivas. Por ejemplo, la Edad Media como época de fundación y amanecer de Occidente puede considerarse como la plantilla mediante la que los

francos se convierten en franceses y los germanos en alemanes, en el que la nación y el Estado empiezan a identificarse el uno con el otro, en el que se forman las clases sociales y la idea de Europa. Pensar la Edad Media de este modo quiere decir atribuirle un sentido preciso en el recorrido histórico, que es el sentido del construir y del devenir. En este caso, toda distinción excesivamente rígida entre un pensamiento de derechas —conservador o reaccionario— y de izquierdas —progresista o revolucionario— no debe formularse; y es que si se la contempla tanto desde un lado como desde el otro, la Edad Media se considera como parte de un recorrido más o menos teleológico, pero en todo caso percibido como necesario. Un conservador podrá considerar que hay que exaltar e imitar esa hermosa Edad Media, y captará en las instituciones de su tiempo —el Estado, la patria, la Iglesia, la monarquía— la reverberación de las tradiciones antiguas, mientras un pensador progresista considerará que la torva Edad Media se debe sustituir por otra cosa; aunque no por eso haya que olvidarla, ya que sigue siendo una parte imprescindible del proceso de emancipación social. Y es que sin las revueltas del campesinado y el artesanado, sin los movimientos heréticos, sin Robin Hood, Cecco Angolieri y François Villon no habríamos llegado a las revoluciones. En resumen, a menudo ni la derecha ni la izquierda se escapan de lo que Bloch llamaba «el ídolo de los orígenes»,¹² y ambas pueden resultar darwinistas al aplicar la idea de evolucionismo histórico, adaptada al concepto de civilización progresiva de las sociedades, de los estados, de los individuos; en una palabra: de la humanidad.

A la idea de Edad Media como tiempo histórico «del antes», premisa y origen del mundo actual, se le añade otra visión, ahistórica, mítica y simbólica, que concibe la Edad Media como un «otro lugar», un lugar que no tiene relación con la contemporaneidad.¹³ Su situación cronológica, su colocación entre la antigüedad y la modernidad no revisten importancia; este otro lugar es, de hecho, el recipiente que confiere una forma al imaginario. Este es el territorio que, no necesariamente vinculado a intenciones políticas, ha permitido el nacimiento de la novela gótica, ha coloreado el cuento de hadas tradicional, ha generado la literatura fantástica y la reciente obsesión por el Grial. Aunque por otras vías este

«otro lugar» es también la Edad Media que, impregnada de pretensiones políticas, crea el mito del héroe primigenio y del caballero solitario, del camino existencial del antagonista, inaccesible a los no iniciados; es decir: de la Edad Media de la denominada «Tradición». Es, asimismo, la Edad Media del tiempo perfecto en el que los hombres vivían en estrecho contacto con la naturaleza aún incontaminada por los desastres ecológicos, en una relación directa con lo sagrado; sea este tiempo entendido en clave cristiana, ecologista o neopagana. Este es el tiempo *no-tiempo* de numerosas interpretaciones actualizadoras y descontextualizadas, para las cuales el desarrollo de la historia es accesorio.

Lo cierto es que la Edad Media suscita inquietud.¹⁴ De hecho, su valor antinómico persiste irresoluto en cada uno de nosotros y en nuestro imaginario compartido. Todo aquel que tenga que vérselas con el concepto de *Edad Media* le atribuirá, según sea el caso, uno de los dos juicios de valor que se han evidenciado. La Edad Media de las hadas y de los castillos con torreones choca, en nuestra mente, con la de las hogueras de brujas y herejes. Y —ruego se me perdone la trivialidad— la Edad Media del «amor cortés» es exactamente la opuesta a la que se halla contenida en la expresión «I'ma get medieval on your ass», una frase de la película *Pulp Fiction* de Quentin Tarantino (1994), que se ha convertido en una expresión idiomática para indicar la tortura más brutal.¹⁵

Una Edad Media que ha devenido clásica en su anticlasicismo, una Edad Media moderna o antimoderna, reaccionaria, revolucionaria y hasta anarquista, una Edad Media positiva o negativa, política o apolítica, tiempo del «antes» obligado o en cambio, «otro lugar» sin trabas; tal es por tanto, la cualidad de este extraordinario concepto, en tantas ocasiones bifronte. El medievalismo político utiliza a manos llenas todas estas representaciones. Esto sucede desde hace más de dos siglos, desde finales del siglo XVIII en adelante, pero lo que se presenta en este libro está mucho más acotado en el tiempo, pretendiendo reflexionar aquí tan solo en torno al modo en el que en las últimas décadas se ha recurrido al «común sentido de la Edad Media», confiriéndole cientos de connotaciones políticas distintas. La elección del segmento cronológico viene dictada por dos consideraciones. La primera reside en el

hecho de que la Edad Media, tras algunos decenios de relativa quiescencia, ha vuelto, desde finales de los sesenta del pasado siglo, a estar en el candelero. Desde entonces, sus usos políticos no solo no se han mitigado, sino que por el contrario, se han amplificado por el mutar repentino de la escena política mundial y por algunos acontecimientos que han hecho época, esculpidos simbólicamente en nuestra memoria colectiva por la caída del Muro de Berlín en 1989 y por la caída de las Torres Gemelas de Nueva York en 2001. Desde hace cuarenta años, la Edad Media se halla en todas partes. Se le atribuye tanto un significado negativo, cuanto metáfora intuitiva de una civilización que está a punto de sucumbir, como un significado positivo, en tanto que reacción que lleva a buscar en los *exempla* del pasado; sean estos druidas, caballeros o valientes lombardos.

La segunda razón para la elección del segmento cronológico ha sido dictada, en cambio, por el hecho de que, precisamente desde los primeros años de la década de los setenta, los historiadores —y los medievalistas en particular— se dieran cuenta del interés cultural oculto en el medievalismo contemporáneo (no solo en el del siglo XIX, ya ampliamente estudiado) y empezaran a observar con atención este fenómeno. Por tanto, el fortalecimiento del medievalismo propio de nuestros años halla una precisa correspondencia en su análisis historiográfico. En nuestro caso este análisis no tiene una intención apologética ni tampoco demoleadora, sino más bien, en lo posible, constructivamente crítica.

Los capítulos que siguen tratan de las macrointerpretaciones principales de la idea de Edad Media. Los primeros dos capítulos siguen el rastro de la Edad Media representada como un tiempo de oscuridad y de abuso, mientras los restantes diez capítulos abordan el tema de la Edad Media contemplada como luz del amanecer, que se halla en el origen de muchas identidades políticas contemporáneas. En todos los capítulos se reflexiona en torno a cómo y por qué nos hemos construido estas representaciones culturales; dado que —y debe quedar bien claro— nos estamos moviendo casi siempre dentro de las «invenciones de la tradición» y de las «comunidades imaginadas», conceptos antropológicos acogidos por la historiografía de los primeros años ochenta

del pasado siglo.¹⁶ Si estos ejemplos los condensamos al límite podemos decir que con el primero se expresa la conciencia de que algunas tradiciones occidentales que creíamos pluriseculares o milenarias son en realidad mucho más recientes, y se remontan, en general, al siglo XIX. El segundo concepto en cambio se puede resumir en la observación de que la identidad de las comunidades organizadas es, en gran parte, un artefacto cultural, fruto de la actividad de *maîtres à penser* y de la divulgación mediática, que se transmite a los movimientos de masas según una forma modular, es decir, siempre identificable pero que se adapta a los diferentes casos. Las comunidades adoptan conciencia de sí mismas solamente cuando son descritas.

La historiografía contemporánea es plenamente consciente del papel fundacional de la interpretación y de hasta qué punto la construcción de la memoria es un artificioso instrumento que puede también transformarse en generador de engaños. Tanto el hombre que recuerda como la sociedad que transmite, reconstruye o incluso inventa su memoria, escogen, seleccionan, interpretan, explican, olvidan, redescubren, agigantan, redimensionan, intercambian el orden de anterioridad y posterioridad, determinan causas y efectos y los voltean, construyen o destruyen y le confieren un sentido, es decir: una dirección a la historia, incluso cuando la historia, como dice una canción de nuestra época, «sentido no tiene».¹⁷ Quizás la naturaleza *non facit saltus*, pero la memoria, sin duda, sí. Y es por ese motivo por el que los estudios sobre los engaños camuflados tras el uso y el abuso de la gran palabra «historia» son hoy en día numerosos.¹⁸ Precisamente por estas razones, la medievalística no puede prescindir de plantearse preguntas en torno al «sentido común de la Edad Media» y también en torno a sus usos políticos. La percepción —incluso aunque sea una ficción, una falsedad o una invención de las tradiciones— concurre plenamente a conformar la idea global de ese periodo, está en parte ocasionada por los mismos historiadores y sobre todo determina unas consecuencias factuales y concretas.

Este razonamiento asedia directamente el oficio de quienes están acostumbrados a razonar sobre las fuentes generadas durante el milenio medieval. Precisamente los medievalistas juegan un papel importante en ello, ya que son capaces de establecer comparaciones entre la Edad

Media que vuelve a aflorar a partir de las fuentes que analizan y el sentido común de la Edad Media que a menudo hallan expresado en la sociedad contemporánea. Estos, al haber desarrollado eficaces términos de comparación, se encuentran por tanto en condición de estar preparados para reconocer las diferencias, las contradicciones, las distorsiones y también para otorgarles un significado en términos históricos.¹⁹

En resumen, en este libro se habla de aquello a lo que ya Erasmo de Rotterdam llamaba *opiniones*, que no son la realidad de las cosas. Como dice la Locura elogiándose a sí misma, son las opiniones y no la realidad, las que le brindan al hombre la felicidad.²⁰ Pero también, y no rara vez, la infelicidad.

* En las notas a final de capítulo, a petición del autor, se han seguido los siguientes criterios: cuando existe la edición castellana de un libro se ha puesto en primer lugar. A continuación en la mayor parte de los casos, se ha remitido a la edición original y, en último lugar y, eventualmente, cuando no se ha podido remitir a la paginación que corresponde a la edición española u original citada, se ha aportado la referencia a la edición italiana empleada por el autor. [*N. de la Trad.*]

1. En este libro se hace un uso frecuente de tres términos similares y a menudo percibidos casi como superpuestos: «Edad Media», «historia medieval» y «medievalismo». Con el primer término definimos el periodo comprendido entre el siglo V y el siglo XV. Con el segundo, en cambio, identificamos la disciplina que tiene por objeto el estudio del periodo medieval con el fin de comprender sus dinámicas históricas. A las definiciones de medievalismo, que es el argumento príncipe del libro, se le ha dedicado recientemente un número monográfico de la revista «Studies in Medievalism»: *Defining Medievalism(s)*, XVII (2009), véase además R. Utz, *Coming to Terms with Medievalism*, en «European Journal of English Studies», XV (2011), n. 2, pp. 101-13. «Medievalismo» es un concepto que alude a la representación, la recepción y el uso postmedieval de la Edad Media en cada uno de sus aspectos, desde de los *revival* hasta las actualizaciones en sentido político. El estudio del medievalismo comprende por tanto todas las formas en las que se ha representado la Edad Media desde el siglo XV hasta hoy, comprendidas la historiografía, la arqueología y la historia del arte de tema medievalístico anteriores al siglo XX.

2. Por ejemplo V. Branca, *Premessa*, en Id. (ed.), *Concetto, storia, miti e immagini del medio evo*, Sansoni, Florencia, 1973, p. 10: «Verdaderamente, el concepto de “Edad Media” es definición y periodización [...] algo que se tendría ya que abandonar»; R. Pernoud, *Para acabar con la Edad Media*, José J. De Olañeta, Palma de Mallorca, 1998 (ed. or. *Pour en finir avec le moyen âge*, Éditions du Seuil, París, 1977); J. Heers, *La invención de la Edad Media*, Crítica, Barcelona, 1995 (ed. or. *Le moyen âge: une imposture*, Perrin, París, 1992); G. Sergi, *La idea de Edad Media: entre el sentido común y la práctica historiográfica*, trad. y nota preliminar de Pascual Tamburri, Crítica, Barcelona, 2001 (ed. or. *L'idea di medioevo. Fra storia e senso comune*, Donzelli, Roma

1999, 2005 [2ª ed.]). Umberto Eco escribió un conocido listado de diez maneras de representar la Edad Media: *Diez modos de soñar la Edad Media* en Id., *De los espejos y otros ensayos*, trad. de Helena Losada, Lumen, Barcelona, 1988, pp. 84-96 (ed. or. *Dieci modi di sognare il medioevo*, en Id., *Sugli specchi e altri saggi*, Bompiani, Milán, 1985, pp. 78-89 y en *Il sogno del medioevo. Il revival del medioevo nelle culture contemporanee. Relazioni e comunicazioni del Convegno, San Gimignano, 11-12 novembre 1983*, en «Quaderni medievali», XI [1986], n. 21, pp. 187-201, reeditado en Id., *Scritti sul pensiero medievale*, Bompiani, Milán, 2012, pp. 1093-1108).

3. R. Queneau, *Flores azules*, trad. de Manuel Serrat Crespo, Seix Barral, Barcelona, 2007 (ed. or. *Les fleurs bleues*, Gallimard, París, 1965). Algo similar sucede en la película *El león en invierno* [*The Lion in Winter*] (1968), cuando la reina Leonor de Aquitania le dice a su marido, Enrique II: «¡Míranos, estamos en el 1182! ¡Somos unos bárbaros!». El filósofo Étienne Gilson recordaba, en 1973, con ochenta y nueve años, una tira cómica que le había hecho reír mucho de joven, en la que un balletero inglés le dice, melancólicamente, a su bella dama: «Adieu, ma chère femme, je pars pour la Guerre des Cent Ans» [«Adiós, querida esposa, parto a la Guerra de los Cien Años»]: É. Gilson, *Le moyen âge comme «saeculum modernum»*, en V. Branca (ed.), *Concetto, storia, miti e immagini* cit., pp. 1-10.

4. M. Montanari, *L'invenzione del medioevo*, en Id., *Storia medievale*, Laterza, Roma-Bari, 2002, pp. 268-79: 269.

5. S. Settis, *Futuro del classico*, Einaudi, Turín, 2004. Véase también la frase de Lord Acton (1859) que campaba hasta hace poco por la página principal de la *web* de la revista «Studies in Medievalism»: «Two great principles divide the world, and contend for the mastery, antiquity and the middle ages. These are the two civilizations that have preceded us, the two elements of which ours is composed. All political as well as religious questions reduce themselves practically to this. This is the great dualism that runs through our society» [«Dos grandes principios dividen el mundo y se disputan la supremacía: la Antigüedad y la Edad Media. Estas son las dos civilizaciones que nos han precedido, los dos elementos de los que se compone la nuestra. Todas las cuestiones políticas, así como las religiosas, se reducen, prácticamente, a eso. Este es el gran dualismo que atraviesa a nuestra sociedad»]; (cit. originariamente de H. Butterfield, *Man on his Past. The Study of the History of Historical Scholarship*, Cambridge University Press, Cambridge, 1955, p. 212).

6. Cfr. S. Settis, *Futuro del classico* cit., p. 84, que analiza esta definición propuesta por Ernst Howald en 1948.

7. Criado, Emilio Lorenzo (ed.), *Cantar de los Nibelungos*, Madrid, Cátedra, 2005 (ed. or. H. de Boor y K. Bartsch [ed.], *Das Nibelungenlied*, Brockhaus, Wiesbaden 1956). Sobre la oposición entre Época Clásica-Edad Media véase también Ch. Amalvi, *Le goût du Moyen Âge*, Boutique de l'Histoire, París, 2002 (2ª ed.), pp. 19-22.

8. El concepto de Edad Media como metáfora, alegoría o «espejo» de la actualidad aparece a menudo. Véanse por ejemplo: B. Tuchman, *Un espejo lejano: el calamitoso siglo XIV*, Barcelona, Ariel, 2014 (ed. or. *A Distant Mirror: the Calamitous Fourteenth Century*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1978); F. Cardini, *Medievisti «di professione» e revival neomedievale*, en *Il Sogno del medioevo*, cit., pp. 33-52: 41; R. Bordone, *Il medioevo nell'immaginario dell'Ottocento italiano*, en *Studi medievali e immagine del medioevo fra Ottocento e Novecento*, número monográfico del «Bullettino dell'Istituto storico italiano per il medio evo», 100 (1995-96), pp. 109-49: 115; E. Menestò (ed.),

Il medioevo: specchio ed alibi. Actas del Congreso de estudio celebrado en ocasión de la segunda edición del Premio internacional Ascoli Piceno (Ascoli Piceno, 13-14 de mayo de 1988), Cisam, Spoleto, 1997 (2ª ed.); G. M. Spiegel, *The Changing Faces of American Medievalism*, en J. M. Bak [et al.] (ed.), *Gebrauch und Missbrauch des Mittelalters, 19.-21. Jahrhundert/Uses and Abuses of the Middle Ages: 19th-21st Century/ Usages et Mésusages du Moyen Âge du XIXe au XXIe siècle*, Wilhelm Fink, Múnich, 2009, pp. 45-53: 45.

9. Véase en general J. Le Goff, *Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso*, Barcelona: Paidós, 1991; completo estudio sobre la idea del tiempo y en particular sobre las parejas de opuestos progreso/reacción, pasado/presente y antiguo/moderno. Véanse especialmente las pp. 158-163 y 217-226; así como Id., *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 104-112.

10. La bibliografía contemporánea sobre los desarrollos de las representaciones de la Edad Media es muy vasta, partiendo de G. Falco, *La polemica sul medioevo*, Biblioteca storica subalpina, Turín, 1933 (n. ed. Guida, Nápoles, 1988). Hoy en día muchos manuales de historia medieval le dedican un capítulo, inicial o final, a la «idea de Edad Media», dado que ya se halla aceptada la noción de que la representación cultural de un fenómeno es un dato histórico, y por tanto se puede analizar históricamente.

11. Cfr. por ejemplo, para el caso de Francia, Ch. Amalvi, *Le goût du Moyen Âge*, cit., pp. 199-201.

12. M. Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002 (ed. or. *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, en «Cahier des Annales», 1949, n. 3).

13. Sobre la Edad Media como «mito sustancialmente ahistórico» véase R. Bordon, *Lo specchio di Shalott. L'invenzione del medioevo nella cultura dell'Ottocento*, Liguori, Nápoles, 1993, pp. 11-16: 12. Cfr. también G. Sergi, *Antidoti all'abuso della storia. Medioevo, medievisti, smentite*, Liguori, Nápoles, 2010, p. 361.

14. P. Delogu, *Introduzione alla storia medievale*, il Mulino, Boloña, 2003 (2ª ed.), p. 14: «La Edad Media como periodo histórico, o si se prefiere, como imagen mítica, constituye un problema para la conciencia moderna; es decir, suscita inquietud, presentándose, o bien como un periodo a exorcizar o bien como un ideal que anhelar».

15. «I am going to get medieval on your ass»; literalmente: «Voy a ponerme medieval con tu culo». Cfr. C. Dinshaw, *Getting medieval. Sexualities and Communities, Pre and Post-Modern*, Duke University Press, Durham, 1999. También encuentro, en un blog, la consideración de que al adjetivo «medieval» se le podría atribuir fácilmente un sentido negativo por su fuerte asonancia con el vocablo «evil», que se pronuncia de la misma forma: Ch. Hodgson, *Podictionary, the podcast for Word Lovers*, <http://podictionary.com/?p=533> (cons. 2 de febrero de 2010).

16. Nos referimos a E. J. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *La Invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2002 (ed. or. Id. (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983); B. Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (ed. or. *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1983, n. ed. 1991).

17. V. Rossi, *Un senso*, 2004: «Voglio trovare un senso a questa storia / anche se questa storia un senso non ce l'ha» [«Quiero encontrarle un sentido a esta historia / aunque esta historia un sentido no lo tiene»].

18. Algunos ejemplos recientes, que no se centran exclusivamente en la Edad Media: D. Lowenthal, *Possessed by the Past. The Heritage Crusade and the Spoils of History*, The Free Press, Nueva York, 1996; U. Fabietti y V. Matera, *Memoria e identità. Simboli e strategie del ricordo*, Meltemi, Roma, 1999; M. Sanfilippo, *Storia e immaginario storico nella rete e nei media più tradizionali*, 2001, <http://dspace.unitus.it/handle/2067/25> (cons. 9 de marzo de 2010); J. Ryan, *Cultures of Forgery: Making Nations, Making Selves*, Routledge, Nueva York, 2003; E. Traverso, *El pasado: instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Marcial Pons, Madrid, 2007 (ed. or. *Il passato: istruzioni per l'uso. Storia, memoria, politica*, Ombre Corte, Verona, 2006); S. Pivato, *Vuoti di memoria. Usi e abusi della storia nella vita pubblica italiana*, Laterza, Roma-Bari 2007; M. Caffiero y M. Procaccia (ed.), *Vero e falso. L'uso politico della storia*, Donzelli, Roma, 2008; L. Canfora, *La Historia falsa*, Capitán Swing, Madrid, 2013 (ed. or. *La storia falsa*, Rizzoli, Milán, 2010); G. Sergi, *Antidoti all'abuso della storia*, cit. [Para una visión general del uso político de la historia en España, incluida la Edad Media, véase: M. A. Murado, *La invención del pasado: Verdad y ficción en la historia de España*, Debate, Madrid, 2013; *N. de la Trad.*].

19. Entre los textos más recientes y significativos relativos a las variaciones instrumentales de la Edad Media también determinadas por intenciones políticas (textos con los que en estas páginas se entreteje un diálogo continuo) podemos recordar: G. Sergi, *La idea de Edad Media*, cit.; Ch. Amalvi, *Le goût du Moyen Âge*, cit.; P. J. Geary, *The Myth of Nations: the Medieval origins of Europe*, University Press, Princeton, 2002; F. Cardini, *Templari e templarismo. Storia, mito, menzogne*, Il Cerchio iniziative editoriali, Rimini, 2005; V. Ortenberg, *In Search of the Holy Grail. The Quest for the Middle Ages*, Hambledon Continuum, Nueva York, 2007; J. M. Bak [et al.] (eds.), *Gebrauch und Missbrauch* cit., que recoge las actas de las jornadas de estudio celebradas en Budapest, 30 de junio — 11 de julio de 2003 y 30 de marzo – 2 de abril de 2005. Algunas actas de recientes congresos se hallan aún en prensa: *Medievalism, Colonialism, Nationalism: A Symposium*, UCR (University of California – Riverside), 7-8 de noviembre de 2008; *The Middle Ages in the Modern World*, University of St Andrews (Escocia), 24-28 de junio de 2013; otras actas de congresos que en la edición italiana del presente libro (2011) aún no habían sido publicadas lo están ya: *Medievalism. 22nd International Conference at Western Ontario*, Londres (On, Canadá), 4-6 de octubre de 2007, publicada parcialmente en: J.M. Toswell (ed.), *The Year's Work in Medievalism, 2008*, Wipf & Stock Publishers, Eugene (Or) 2009; *Appropriating the Past: the Uses and Abuses of Cultural Heritage*, Durham University (UK), 6-8 de julio de 2009, publicado como: G. Scarre, R. Conningham (eds.), *Appropriating the Past. Philosophical Perspectives on the Practice of Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013. He tenido la posibilidad de anticipar y cotejar algunas de las consideraciones contenidas en este libro (y sobre todo de recibir ricas sugerencias) durante los debates que siguieron a algunas de mis intervenciones en congresos y seminarios celebrados entre el 2008 y el 2011 en Italia, en los Estados Unidos y en Hungría y tras la publicación del libro en italiano, también en Cataluña, Portugal y Escocia.

20. «Nimium enim desipiunt qui in rebus ipsis felicitatem hominis sitam existimant. Ex opinionibus ea pendet» («Muy desencaminados andan los que piensan que la felicidad humana reside en las cosas mismas. En realidad depende de la opinión que de ellas se tenga»): Erasmo de Rotterdam, *Stultitiae Laus, Elogio de la locura*, trad. Oliveri Nortés Valls, Bosch, Barcelona, 1976: cap. 45, p. 217.